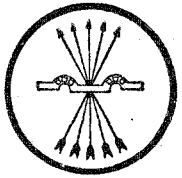


ORGANIZACION JUVENIL

NACIONAL-SINDICALISTA



Soldados de la paz

En el rancio campanario del pueblo habían dado las doce. Yo me había alejado de mis compañeros y andaba solo, cuesta arriba. La tierra hirviente bajo el sol del mediodía se pegaba a los pies, cual constante invitación a la inercia. Cerca de mí, al lado de un campo que ya verdeaba, y en el principio de un trozo de tierra revuelta, pero sin cultivar, un campesino moreno, rosado y musculado, trabajaba la tierra. Me detuve unos momentos para mirarle. Agachado al suelo, mirando esa santa tierra de España cara a cara, iba allanando aquel campo que era su vida y era nuestra vida. El me contó escuetamente, con laconismo militar, lo que había ocurrido: sus campos habían sido frente de combate, aquello que estaba deshaciendo con el sudor de su frente y el agotamiento de sus músculos eran trincheras que un día defendieron la bandera de España.

Ahora había llegado la paz; él había cambiado el fusil con la azada, y proseguía la lucha española, la sagrada lucha de un pueblo que no quiso perecer, y que sigue comiendo ese pan duro y escaso y rociando sus brazos en el esfuerzo difícil de cada día, porque sabe que así no morirá. Su palabra rústica y viril sabía a poesía, pero su poesía no era aquella melancolía y aquella tristeza tan romántica, tan soñadora, tan de verjel deshojado, de luna acariciadora y de cisne lloroso, sino que era la eterna poesía del alma española: la del Mío Cid y la del dos de Mayo; aquella que ayer escribieron por montes y llanuras los soldados de España, y que hoy sigue escribiendo con la azada el soldado de la Paz. Es la poesía con sabor de pan y de vino, con sabor de terruño, con el sabor del trabajar de cada día y con el sabor de esa tierra española, ya de claro horizonte y alegre amanecer. Ese campesino no quería entender de farsantes, ni de rondones de café; sabía cuál era su deber en la hora difícil de la paz, y lo cumplía, como lo cumplió arma en brazo, en la hora de la guerra. Al verlo, al oírlo, al conocerlo, no pude esconder una impresión de inmensa ale-

El momento actual de España

Decíamos en el segundo número de ESTILO que «estamos plenamente convencidos de cual es el momento actual de España», y hoy venimos aquí, con nuestra voz veraz y clara a ratificarlo. Que nadie crea que bajo nuestra literatura llena de términos dinámicos, de ímpetus juveniles y de grandezas hispánicas, pretendemos ocultar difíciles problemas o trances tortuosos. Nada de eso. Nosotros hemos reclamado siempre un puesto en la vanguardia de la Revolución, y por eso seremos también siempre los primeros en afirmar que la Falange se encuentra hoy en problemas difíciles y trances tortuosos, que dificultan en gran manera el avance de su Revolución. Los más críticos, ya que no los más vergonzosos y odiosos, son los que derivan del conflicto actual europeo, y que paralizan en parte considerable la industria, el comercio y la agricultura nacional, dificultando la vida de millones de españoles. que no pueden entender, con su pan duro y escaso, la Justicia Social que se les avecina. Por eso nuestro lenguaje lo comprende solamente una minoría de incondicionable fervor u otra minoría que puede sobrellevar el momento actual con los medios suficientes para llevar una vida holgada. A todos, a los que nos comprenden, a los que no pueden y a los que no quieren comprendernos, les decimos que nosotros no conocemos el desaliento. y que la Patria con Pan y Justicia hacia la que nos conduce Franco, aparece ya completamente tangible en la Paz que llegará a Europa. Sabemos que ante la hora difícil sólo pueden entenderse las francas realidades, pero también sabemos que para llegar a ellas es necesario no flaquear y no dudar de la Fe que nos anima, pues ante nosotros se levanta el gran edificio de la Patria, que se pondrá en acción tan pronto lo permitan las circunstancias, llevando trabajo a cada español y pan y lumbre a cada hogar. Y estamos seguros que entonces nos comprenderán, porque nuestro lenguaje no será como ahora portavoz de graves realidades y de la gran promesa de España, sino que estará preñado de verdades grandes y hermosas, que nos traerán consigo la suprema realidad de España, ante la cual nadie podrá dejar de comprender.

gría. Supe que la raza española, cuya fiesta celebramos estos días, no había muerto; supe que España era fuerte, porque fuertes eran los músculos de los hombres que a su servicio se afanaban, y supe que esa juventud que se levanta deseosa y anhelante de pesar su personalidad ante el Mundo, tiene el camino abierto y no ha de hacer más que empujarlo con brío, y allanarlo con la azada, como hace el campesino falangista que con la camisa azul de las escuadras en que ayer formó, forma en los campos de España y, a pesar del pan duro y escaso, agacha su cuerpo a esa tierra

hirviente, que se pega a los pies, porque el sol no puede evaporar el eterno sudor de su rostro.

Esa es la raza hispana: esos hombres que luchan despreciando las frivolidades de la vida, y saben perfectamente que la Patria que les dió el ser y el nombre, está en uno de los más difíciles trances de su Historia, en el cual nadie tiene derecho a reclamar ni pedir, porque es España y su pueblo en comunidad quien necesita del particular sacrificio de todos. Nosotros, la juventud, lo entendemos así.

CURIAL

“El sentido revolucionario de las juventudes nacional-sindicalistas nos ha devuelto la unidad de destino histórico y nos dará la justicia social profunda que nos está haciendo falta” — JOSÉ ANTONIO